



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

1964-1974: VISTOS DESDE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Por Enrique Barros Bourie

I

Comencé mis estudios de derecho en 1964, el año en que fue elegido Presidente Eduardo Frei Montalva. Estudié derecho sin una particular vocación, pero con la conciencia de que me daría armas para enfrentar cualquiera fuere mi destino en la vida. Ese mismo año era presidente del Centro de Alumnos José Miguel Insulza; tuvimos la semana de celebración de la Facultad más festiva que recuerde. Había entrado a la Universidad Católica, pero muy pronto me desencantó y atravesé el río para ver qué pasaba en Pío IX, donde también había sido aceptado. Esa mañana encontré un clima y profesores que pensaban y no pretendían adoctrinar. En esos tiempos era posible: esa misma tarde me matriculé en la Chile.

Era un niño cuando encontré en Jaime Eyzaguirre un historiador conservador que buscaba nuestras raíces espirituales en la España de la reconquista; luego del examen me felicitó, pero con sorna me dijo



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

que yo era de los Barros liberales. Ricardo Lagos destilaba energía y lucidez en su primer curso como profesor de Economía; aún recuerdo cómo nos enseñaba la utilidad marginal decreciente comparando el primer cigarrillo del día, que prendía en clase, con el último que fumaría por la noche; voté por él como el mejor profesor del primer año. Luego, al comenzar el ciclo de Derecho Civil, Hugo Rosende quien, con su inteligencia analítica, entendía el derecho civil como una fascinante estructura lógica y simple.

Figuras históricas marcaban por presencia el lugar de la Facultad en la sociedad chilena. Francisco Walker Linares hacía con entusiasmo su clase explicando los orígenes de la OIT y citando en su idioma autores franceses. Ernesto Barros Jarpa, ya muy mayor, era un mapa de la historia diplomática de Chile. Darío Benavente, un decano del buen humor y sentido común. Luis Cousiño Mc Iver enseñaba derecho penal con la pasión de un joven profesor. En el último año se llegaba a Jorge Millas, que mientras hacía figuras geométricas sobre la mesa con una cajetilla de Liberty y una caja de fósforos, desarrollaba con voz clarísima y una lógica implacable, la noción filosófica y jurídica de la libertad y del Estado. Uno quedaba hipnotizado por el valor de la razón bien encaminada.

En la universidad mirábamos con un sano escepticismo las pasiones políticas que brotaban en la Católica. Respirábamos un aire



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

de tolerancia y libertad, con grupos políticos articulados pero sin rencores colectivos. Fui arquero del equipo de fútbol de la Facultad, pero uno no sabía la orientación política de sus compañeros. Mis notas empezaron a subir a medida que avanzaban los estudios, porque por primera vez, salvo mis profesores de historia y matemáticas del antiguo Colegio San Ignacio, tuve el desafío de encontrar niveles de exigencia intelectual que me eran desconocidos.

Lo que cuento no tiene conexión con la política, porque hasta entonces me era un subsistema más bien ajeno. Votaba en general demócrata cristiano, cuando no había un amigo momio de candidato, porque me parecía natural luego del triunfo de Frei sobre Allende el 64. Pero miraba con escepticismo que la política fuera escalera en ambiciones de poder. Solo la derecha era puramente testimonial (cuando no clasista).

El nuevo decano Eugenio Velasco inició un proceso de modernización de la Facultad concursando académicos jóvenes de jornada completa. A pocos meses de egresar, postulé como ayudante. Sin haber sido acólito de nadie, gané el tercer puesto del concurso con el apoyo de Millas y ese ha sido un hito muy importante de mi vida. En marzo de 1970, a los 23 años, me entregaron un curso de teoría del derecho en la escuela de ciencias políticas. Todo mi interés estaba en la academia: en entender cómo el derecho era la forma de



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

la política y la sociedad, para lo cual eran un pozo sin fondo las conversaciones con Jorge Millas, Juan Bustos y Luis Cousiño en el seminario de Derecho Penal; y, con una empática vocación docente sin igual, en nuestras conversaciones sobre teoría del derecho con Antonio Bascuñán y un grupo de ayudantes en el casino de la Facultad.

Desde la universidad viví intensamente el cambio radical del clima político de los tiempos, particularmente durante la Unidad Popular y la dictadura. Pero fuera de la mirada general, la división profunda que venía gestándose en la política no afectaron mi vocación de jurista. Lo extraordinario, en la mirada del tiempo, es que la conversación no era partidista sino tenía un profundo sentido republicano.

II

Allende fue elegido Presidente en un momento de tensiones sociales y políticas intensas, poco después de mi ingreso como académico de la Facultad. Alessandri, a quien apoyé en esa elección, perdió una carrera ganada por su tozudez y ancianidad. La DC de Radomiro Tomic se había radicalizado, en lo que me parecía una inconexa y demencial ideología corporativista; de hecho, durante la



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Unidad Popular inspiró una facción que pronto dejó la DC apoyando una extraña fusión de marxismo y socialismo de la tercera vía. Su héroe era el obispo brasilero Helder Camara, que dio una conferencia en un patio repleto de estudiantes.

Allende había sido conquistado por los jóvenes revolucionarios, la mayoría provenientes de la Católica y Concepción; empujado por la radicalización de su partido bajo Carlos Altamirano, a quien había escuchado perplejo en una presentación muy violenta de los caminos para exterminar el poder burgués y llevar adelante un levantamiento popular.¹ Asumí que estábamos en un momento de quiebre. Fui apoderado de mesa por Alessandri en San Miguel y, aunque todo el proceso fue admirablemente ordenado, viví en carne propia la euforia de una gran mayoría en esa circunscripción que proclamaba extasiada la llegada de la revolución. Llegué a casa abatido, me eché en un sillón con los presentimiento más tristes y certeros de lo habría de ocurrir.

III

¹ Un síntoma de los 30 años de la Concertación fue el regreso a Chile de Carlos Altamirano, que en su entrevista con Patricia Politzer se mira a sí mismo con recogimiento. De hecho lo conocí entonces y disfruté de su ingenio y simpatía, que antes habrían sido inexplicables.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Pero todo venía de más atrás. La reforma agraria, puesta en marcha por el gobierno de Frei, había empobrecido aún más el campo chileno. Su objetivo era reemplazar un orden social estamentario -de patronos, capataces e inquilinos- que ya estaba arruinado por las fijaciones de precios que hacían que en el campo todos fueran pobres.

Mi padre, que tenía un campo cerca de Molina, hizo su propia reforma agraria donando parcelas a los campesinos más cercanos. Mi abuela, tenía una viña colindante, donde de niño aprendí a leer en El Mercurio con mi padre y a sumar y a restar con mi madre francesa en la cocina con el calor de la leña. Contábamos los días para que no tomaran el campo antes de la cosecha. Terminó vendiéndose por unas chauchas. La reforma agraria terminó con el orden económico del campo, arruinándolo aún más con la ineptitud organizacional y por la insolencia de los funcionarios que envenenaban con una codicia que terminaría insatisfecha.

Existen mitos al respecto, pero lo cierto es que solo algunos parceleros lograron subsistir. El nuevo campo chileno no proviene de la reforma agraria sino de una dificultosa modernización facilitada por el comercio exterior. Aún recuerdo mi primera visita al campo de mi suegro, a pocos días de ser expropiado de hecho, sin reserva ni pago alguno. Un ingeniero ilustrado e iluso que había abandonado su



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

exitosa profesión para cultivar un gran predio heredado, que había devenido pobre y devastado. Encontré un campo modelo en ruinas por la pobreza de los señores y la miseria de los inquilinos. Una casa hermosa amenazada y fría como una cueva. Mis suegros tuvieron la fortuna de que lograron pronto salir de la pobreza de latifundistas, gracias al ejercicio de su profesión de ingenieros. Por fin se comió carne que no fuera de ballena en esa casa.

IV

El clima cambió también en la Facultad. Se desataron las pasiones. Juan Bustos se dedicó a organizar los cordones industriales. Eduardo Novoa, profesor admirado de derecho penal, devino el artista de los resquicios legales, que permitían incautar empresas por decisión administrativa, con fundamento en decretos leyes de las dictaduras de los 20 y 30 del siglo pasado. En 1971 fue candidato a rector proclamando que era momento de que la universidad se incorporara de lleno al movimiento revolucionario que llevaría a Chile al socialismo. Una tremenda expectación acompañó al escrutinio que dio ganador por estrecha mayoría a Edgardo



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Boeninger, en lo que viví como una épica decisión. En la Facultad el nuevo rector obtuvo holgada mayoría.

Aun así, la Facultad de Derecho pasó a ser objetivo político de la Unidad Popular. El método fue matonesco: el Consejo Universitario controlado por la UP decidió, en contra de la opinión de Boeninger y de los procedimientos estatutarios, dividir Economía en dos facultades: una tradicional, en la tradición del propio Boeninger; otra que decididamente apoyaba las políticas de estímulo monetario y las estatizaciones de hecho de la Unidad Popular. Esta segunda Facultad de Economía sería fusionada con Derecho, con el efecto perseguido de tomar control de nuestra Facultad. En contra de la opinión de la Facultad y del rector, el Consejo decidió pasar por encima de los estatutos y llevar adelante la fusión, que hacía de la Facultad un poderoso instrumento ideológico para avanzar la estatización total de la sociedad. El derecho no sería freno, ni siquiera en las aulas, sino pasaría a ser instrumento de la revolución. El PC incluso intentó un golpe de estado contra el rector. Y entonces vino la toma, que fue el primer acto de resistencia de visibilidad pública a la voluntad de poder total del gobierno y de los partidos de la UP.

Estudiaba entonces mi licenciatura en Algarrobo, en casa de los Aylwin, cuyas hijas eran amigas muy cercanas de quien sería mi mujer. De sorpresa llegó un día don Patricio a preparar su discurso en



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Avenida Grecia en la que fue la primera manifestación masiva de repudio a los propósitos de poder total de la Unidad Popular. Había sido profesor mío de derecho administrativo; en clase era sabio, pero árido; en la vida real tenía una empatía natural que a uno lo sentía un interlocutor cercano, a pesar de todas las distancias. Recuerdo unas caminatas frente a la playa en que mostraba su profundo dolor por el camino sin salida que estaba tomando Chile. Su diagnóstico era que vivíamos un castrismo desatado con un líder narcisista, que terminaría siendo marioneta o víctima final. Pero el momento más esperado era el pisco sour que preparaba antes de comer. Fueron tres días en que olvidé por completo mis estudios.

Pronto recibí el llamado de Antonio Bascuñán, pidiéndome que me incorporara a la toma porque había que atenuar las diferencias entre la derecha y la DC y los riesgos de militarización de la situación. Estuve ahí día y noche hasta que se levantó luego de cien días: no habría fusión con Economía. La toma fue el primer acto de resistencia pacífica, pero activa, contra los propósitos de poder total de la Unidad Popular. Había, por cierto, luchas internas de poder, pero nunca pasaron a mayores, gracias a Jaime Hales, que la dirigía, a Arturo Alessandri Cohn que apaciguaba las discordias desde la derecha. Los académicos hacíamos talleres. Sin embargo, vivíamos un miedo latente, porque éramos un bocado indefenso para el MIR. Una noche



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

llegó un profesor a ofrecernos armas para defendernos en caso de un ataque. Con Antonio Bascuñán lo despedimos indignados. Poco a poco creció la empatía interna... y los viernes las mujeres organizaban comidas en el casino con velas para comer Hot Dogs.

Profesores de la Facultad tomaron lugar en los extremos de la lucha. Juan Bustos organizó los cordones industriales para la lucha por el poder. Pablo Rodríguez, antiguo radical y con el apoyo inicial de Jaime Guzmán, pasó a comandar una brigada de choque fascistoide para combatir la calle con la izquierda. Mantuve contacto en esos tiempos con Jorge Millas, que vivía con angustia el sentido trágico de la violencia y de la estupidez ideológica que vivíamos. Pronto emigró a Valdivia, donde también terminó maltratado.

V

Era difícil pensar el derecho en una situación tan crítica. Los profesores solíamos juntarnos bajo un instituto de docencia patrocinado y dirigido con ímpetu por Gonzalo Figueroa Yañez. La idea era avanzar en la enseñanza del derecho a partir de casos. Era una manera inductiva de mirar el derecho, que me parecía razonable atendida la ideologización en el terreno de las ideas, si podían



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

llamarse así. Después se supo que el proyecto estaba financiado por la CIA.

Pero también viví la limpieza de los jóvenes. Las clases de introducción al derecho, ahora en la Facultad, eran un oasis de empatía y descubrimiento personal. Pero la violencia estaba a la vuelta de cada esquina. Teníamos un abono para los conciertos de viernes de la Sinfónica en el teatro Astor. No recuerdo un solo día en que no hayamos tenido que escapar de gases lacrimógenos que alguna vez inundaron el teatro.

Había sido elegido consejero académico de Facultad a los 23 con la primera mayoría. ¡Qué tiempos comparados con las autoridades que antes había tenido como profesores! Formé parte del Comité Ejecutivo de cinco académicos bajo el decanato hábil y sereno de Máximo Pacheco. Con Sergio Fernández y el decano contribuimos a la paz interna; a pesar de que a un profesor socialista se le cayó el maletín en una reunión y salió rodando una pistola. Por cierto no era para atacarnos, pero el signo de los tiempos. Así y todo nos reímos del chascarro. Derecho fue un lugar de lucha política, pero entre toma y toma obtuve mi grado (¡sí, era profesor de cursos sin haberme graduado!) y avancé en el estudio del derecho como forma de una sociedad bien ordenada. Obtuve una beca de la Fundación Adenauer



**ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES**

para un doctorado en Alemania y al año siguiente, en 1974, partí con ganas de saber como se salía de la barbarie.